

TRIBUNA EXTREMEÑA

Calentamiento global

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

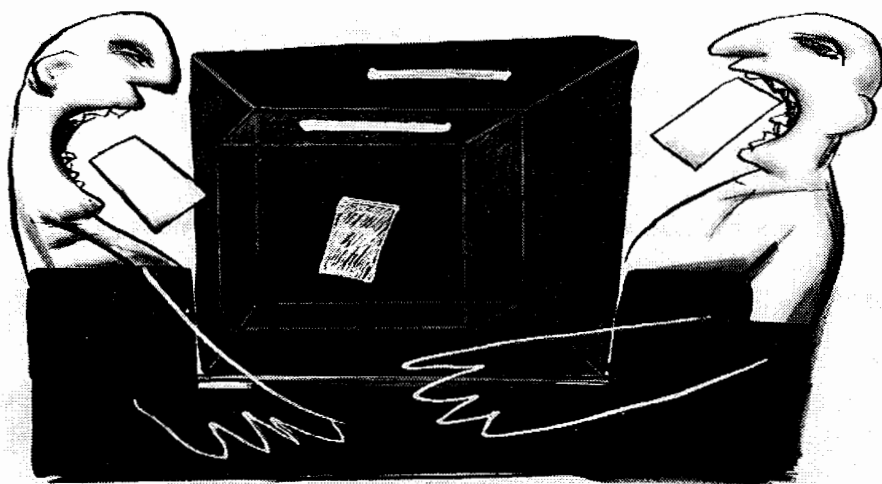
«La ironía, tan necesaria en tiempos de campaña como en los posteriores debates plenarios, viene siendo desplazada por el tan fácil como poco inteligente recurso del insulto»

SERÍA muy atrevido por mi parte disertar sobre el calentamiento global de la atmósfera, con sus consecuencias tan previsibles como desagradables. No lo haré, porque ya se nos habla suficientemente de esta cuestión, que algunos enfocan de un modo inequívocamente apocalíptico; otros, por el contrario, son escépticos; los más, sin duda, estamos preocupados. Sobre todo el presidente Zapatero, que no ha dudado en afirmar en Montevideo que «el cambio climático ha producido ya más víctimas que el terrorismo internacional». ¡Vaya, vaya, qué original enfoque del problema!

Me referiré a otro incremento generalizado de temperatura, ajeno al meteorológico, y que no es sino el que acompaña al clima preelectoral. Ya conocen ustedes sobradamente el resultado de las últimas elecciones catalanas, y con seguridad que estarán aburridos de tanto escuchar análisis, pronósticos y conjeturas sobre el futuro gobierno de esa región. Estos comicios no son sino el preludio de dos años electorales: se nos vienen encima las elecciones municipales y autonómicas y, no mucho después, Zapatero pasará la reválida.

Las épocas electorales, como los húmedos calores tropicales, son agobiantes. Se lo dice alguien que ha participado en varias campañas y conoce cómo funciona esto. Créanme, acaba uno hasta el gorro de eslóganes, sonrisas forzadas, palmadas en la espalda, reparto de prospectos y demás quincalla. Pero, sobre todo, lo que agobia es la cuenta atrás, la interminable espera del resultado, que nunca se acaba de ver con claridad anticipadamente.

Una de las cosas que llevo fatal en esos menesteres es la chabacanería. La ironía, tan necesaria en tiempos de campaña como en los posteriores debates plenarios, viene siendo desplazada por el tan fácil como poco inteligente recurso del insulto. Nada mejor que descalificar, humillar, ofender, utilizar medias verdades o mentir abiertamente. Todos conocemos a algún sicofante, fiel seguidor de la máxima de Goebbels que postulaba que una mentira convenientemente repetida se convierte en verdad. En verdad de miserables, claro, que toman al



ruido y a su amoralidad en auxilio de su falta de ideas.

Tan chabacanos e insolentes como el insulto me parecen el tópico besuqueo a niños, las palmaditas extemporáneas en la espalda, las sonrisas forzadas y el «eso te lo arreglo yo». Algunos que se creen políticos se ponen el disfraz más manido de tal oficio y se echan a la calle en busca del voto errante, como si la gente fuera tonta. La simpatía no se puede improvisar, se nota demasiado. La altivez causa rechazo inmediato; por mucho trampantojo que se use, ésta se esconde bien visible (¡toma oxímoron!) tras aspavientos tan artificiosos como inútiles. Bien advertía Confucio contra los zalameros, los socarrones y los charlatanes, a los que no dudaba en considerar perjudiciales.

Estos comportamientos electorales, sustentados sólo en el marketing, suplen en ocasiones a la carencia de ideas; otras veces, los proyectos se esconden tras el follaje impenetrable de la retórica hueca y del manoteo. Así, con tanto teatro, es fácil olvidar lo esencial. Me permito parafrasear a Gómez de la Serna y acondicionar una de sus greguerías: las promesas electorales deberían tener hueso, para que lleváramos la cuenta de las que nos tragamos.

Las campañas electorales, por lo demás, no mueven excesivos votos. Según percibo, más que con éstas, la ilusión del ciu-

dadano se suscita observando el trabajo día a día, abordado con seriedad, sin necesidad de esfuerzos vanos. El político que acomete sus tareas pensando en promover el bien de los demás, según sus ideas, de un modo serio, riguroso, debería triunfar sobre el mercadotécnico de quince días. Sobran energúmenos y advenedizos. Sobran los amigos del rifirrafe. Los electos disponen de cuatro años para demostrar qué son y cómo gestionan; tiempo suficiente para explicarse y para escuchar. El mismo que los ciudadanos emplean en analizar quién es y cómo procede cada cual y en formarse una cabal idea que les permita elegir a sus representantes por lo que son, no por lo que aparentan, ni por lo que las lenguas proclamen de ellos.

En fin, no dejen ustedes de observar cómo la temperatura irá subiendo. Se derretirán los témpanos de la seriedad; subirá el nivel de los océanos de la crispación. El agujero del sentido común empezará a ensancharse en mayor proporción que el del ozono. Vendrá el monzón de los barrio-bajeros y sus aguas arrastrarán (en buena medida por las cloacas) el poco crédito del que viene disponiendo eso que se ha dado en llamar clase política. Acaso necesitemos un Kyoto para estos menesteres.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal en el Ayuntamiento de Zafra